

MI EXPERIENCIA

Lourdes Huerta

El 12 de agosto de 2010, en medio del escenario de violencia que se vive en todo el país, mi hijo desapareció. De acuerdo con datos de la organización no gubernamental Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en México, la cifra de desaparecidos en Nuevo León podría ascender hasta los 10,000 casos. Uno de esos es mi hijo. A raíz de este hecho es que comencé, acompañada de algunos amigos, mi lucha por la paz. Y esta lucha apenas empieza porque hay mucho trabajo por delante. La violencia entró con fuerza en Nuevo León y aún sigue ahí, en muchos lados, todos los días.

Desde hace poco más de seis años he estado luchando contra la violencia y la indiferencia del gobierno. Lo hago desde mi trabajo en el transporte escolar. Este me permite estar en contacto con niños y aprovecharlo para transmitirles valores de paz y respeto, así como generar un espacio de confianza. Mi objetivo principal es evitar cualquier expresión de violencia, sembrar la noción de paz y fortalecerla día a día.

Poco a poco he visto que los niños aprenden a confiar. Ellos vienen y me cuentan sus problemas. Pienso que si fomentamos en los niños los valores de la paz y del respeto a tiempo es mucho más probable que ellos aprendan a rechazar la violencia y dejen de verla con normalidad. Sí, la violencia se aprende a rechazarla, y por eso me refiero a resistir y condenar todas sus caras: desde la pelea de jalones entre muchachitos hasta la violencia de las armas y la de la desaparición y la incertidumbre. La idea es

poner un punto final a la violencia desde temprana edad. De otra manera, el problema no solo se mantiene, sino que empeora sin remedio.

Desde mi perspectiva, es urgente que el gobierno otorgue los recursos necesarios para la creación y distribución de información hacia la población. El principal problema que enfrentamos en nuestra batalla por la paz es la indiferencia del gobierno y de las burocracias. A la gente hay que orientarla. Falta mucha orientación y falta también que el gobierno hable el idioma de la gente. De esta forma, y con la ayuda de los especialistas, es posible que todos empiecen a conocer sus derechos, así como nuevas formas de resolver sus problemas por medio del diálogo y de la paz, tanto en zonas del campo como en las grandes ciudades y sus cercanías. De hecho, es allí, en las afueras de las ciudades, donde mayor indiferencia veo. Y el problema es que precisamente es en las grandes zonas conurbadas en donde más carencias hay, lo que dificulta el diálogo, la atención de las demandas y la transmisión del mensaje de paz. En todo caso, el secreto es escuchar y luego hablar. Es así como nos ha funcionado: primero escuchamos y luego orientamos a la gente, en el lenguaje que ellos hablan.

Mi trabajo me ha permitido seguir adelante desde la desaparición de mi hijo. Ver que mis niños aprenden a hacer las cosas de modo diferente me llena de alegría y esperanza. Mis energías las aplico al fomento del respeto en el transporte escolar; trato de hacer presión para la capacitación de maestros y alumnos en las escuelas; participo en juntas vecinales; me opongo a la violencia contra las mujeres y las niñas; participo y busco que expertos nos impartan cursos y hasta terapias. Todo es parte de un pequeño esfuerzo para crear un cambio en la gente, empezando por los niños.

Soy consciente de que la construcción de paz es una labor que nos concierne a todos. El trabajo individual es poco efectivo si no se unen energías. Reconozco que a veces se cometen errores, pero es necesaria la participación tanto del gobierno como de los ciudadanos en su conjunto para corregir las fallas. Eso es importante: no se trata solamente del gobierno, los ciudadanos también tenemos que poner de nuestra parte. De ahí la invitación que siempre hago para lograr el involucramiento de

todos los vecinos: desde el más humilde y sencillo, hasta el más profesionalista, e incluso el mismo presidente de la República. Involucrarse es una acción fundamental para pensar en soluciones que respondan a las problemáticas que enfrentamos todos los días. Involucrarme es lo que me ha permitido salir adelante desde la desaparición de Kristian Karim Flores Huerta, mi hijo.

